

EL MAESTRO Y MARGALOLA

(novelita *italianizante* didáctico-canina)

Riccardo Pace

I s de madrugada. Me encuentro en la casa del maestro Pitol. Estoy tendido en el sillón donde alguna vez se echó un pedo el mismísimo Antonio Tabucchi, abrigado bajo tres frazadas de lana gruesa para protegerme del frío. En los últimos tiempos, Sergio prefiere no quedarse solo durante las noches. Por turno, invita a uno de sus amigos de la ópera a que lo acompañemos en veladas adorables que empiezan con una cena ligera, continúan con una peli o un melodrama, y terminan, para él, en su acogedora habitación y, para el invitado, con una fecunda simbiosis con esos almohadones rechonchos y tan ricos en historias. Hace un rato vimos una versión cinematográfica de la novela *Tom Jones*, de Henry Fielding, que me pareció simplemente fenomenal.

El agradable regusto que me ha dejado el filme, el fuego que chisporretea en la estufa de hierro fundido, y la inesperada comodidad de mi improvisado lecho no bastan para apaciguar la culpa que siento en mi espíritu. Debería estar aprovechando este momento especial, en la casa de mi autor favorito, para esbozar mi novela con la esperanza de que una pizca de su talento, por algún milagro literario, llegue a contagiarme y, ¿por qué no?, para crear un recuerdo que,

Trato de mantener la calma como el *nerd* que soy, reflexionando (si quieren burlarse de mí, ¡adelante!) sobre el dialogismo y la polifonía que animan la escritura pitoliana.

en una eventual autobiografía senil, sin duda quedaría de maravilla.

Me he jurado a mí mismo hacerlo por al menos una o dos horas cada vez que el maestro me invite, después de que él se vaya a dormir. Pero, como siempre sucede cuando me encuentro en esta casa que también es una biblioteca sin igual, me he dejado vencer por mi tendencia al ocio y he preferido leer algo para conciliar el sueño. Esta noche, antes de caer en brazos de Morfeo, le he hincado el diente a *El maestro y Margarita*, de Mijaíl Bulgakov, y, después, a un par de fragmentos tomados al azar de la cervantina *Historia del casamiento engañoso*.

II Tengo la sensación de haber dormido solo por un ratito y de que mi sueño ha sido nervioso, agitado. Es más, a ciencia cierta no sé decir si ahora estoy despierto o sigo atrapado en una ensoñación. Trato de mantener la calma como el *nerd* que soy, reflexionando (si quieren burlarse de mí, ¡adelante!) sobre el

dialogismo y la polifonía que animan la escritura pitoliana.

“Los dos” –me digo mientras retengo la respiración– “hablan de la intrincada textura de la prosa del maestro, de las capas crujientes de voces que se acompañan con las de sus narradores... pero también subrayan” –añado inhalando a fondo– “de qué manera esas voces ‘solistas’ se fusionan en una armonía coral que dice algo siempre nuevo, nunca antes oído”.

El intento de contención zen, como era previsible, fracasa. Pensar en estas cosas no me apacigua. Todo lo contrario. Siento la adrenalina que corre por mis venas cuando por fin entiendo que la vida y la literatura son una misma, y que, en ambas, la curiosidad de Sergio y su amor para el *otro* forman un hechizo gracias al cual cada ente o fenómeno sin voz primero adquiere una y, luego, nos revela el secreto que encierra. Comprendo ahora que la misión literaria del maestro ha sido la de escuchar una a una las voces que conforman el universo y que, por

esto, su mayor miedo, como hombre y como escritor, siempre ha sido verse amordazado, perder la propia. No en balde en “El oscuro hermano gemelo”, un texto cuyo tono profético presagia la enfermedad que poco a poco le está inhibiendo la facultad del habla, Sergio ha escrito: “Un novelista es alguien que oye voces a través de las voces [...] con ellas va trazando el mapa de su vida. Sabe que cuando ya no pueda hacerlo le llegará la muerte, no la definitiva sino la muerte en vida, el silencio, la hibernación, la parálisis, lo que es infinitamente peor”.

Pensar en esto me da escalofríos.

Comprendo ahora que la misión literaria del maestro ha sido la de escuchar una a una las voces que conforman el universo y que, por esto, su mayor miedo, como hombre y como escritor, siempre ha sido verse amordazado, perder la propia.

Decido levantarme, estirar las piernas para descargar la tensión. Para no hacer ruido camino descalzo, arrastrando los pies sobre el piso de madera en dirección del medio-baño que se encuentra entre la sección de los rusos y la sala que reúne a los ingleses con los Manzonis, los Camilleris y los demás autores italianos. Sin embargo, antes de llegar a mi destino, algo insólito hace que me detenga.

Hay luz en la cocina, y en el piso de abajo alguien está murmurando con un ritmo que me hace pensar en una arenga o en una arcaica letanía. La curiosidad me devora. Bajaré a ver qué diablos está pasando.

III

Sé que hay muchos que no me quieren. Sé que murmuran que he

perdido la cordura, o peor, que soy el fámulo de un demonio embaucador. Sé que se aprovecharán de lo que escribo para reforzar su creencia de que soy un saltimbanqui, un encantador de serpientes, un narrador de sueños... y nada más. A veces, cuando estoy solo en mi casa (que es como un laberinto), ensayo ante el espejo esa risa demente, tan parecida al relincho de un caballo, con la que un día los amedrentaré.

Mientras pienso en esto, llego a la cocina. Actúo con circunspección, no quiero ser visto ni escuchado por quien sea que ande por ahí. Presiento que algo extraño pasa a la sombra del refrigerador, y que involucrarme en ello podría

cambiar para siempre mi vida. Seré un espectador cauteloso, un silencioso oyente.

Pero no será fácil, porque lo que veo ante mí no solo va más allá de toda expectativa racional, sino trasciende los límites de la más descontrolada ficción: *Homero*, el anciano perro de Sergio, lleva puestos una peluca victoriana y unos impertinentes dorados, sin micas, mientras escribe en una pizarra que está pegada a la nevera: “primer parcial de literatura: prueba oral”. Al mismo tiempo, la otra mascota de Sergio, *Lola*, que viste un uniforme de colegiala que le queda un poco apretado, espera que empiecen las preguntas, meneando la cola con nerviosismo.

–Pregunta número uno–, profiere al improviso y con solemnidad el viejo galgo–: una fácil, para

comenzar. Compártame sus impresiones acerca de *El maestro y Margarita*. ¿La leyó?

–¡Woof! Ehm, sí, profesor, aunque no pude reparar porque ese tonto que duerme arriba, anoche se puso a leerla. Juro que intenté robársela, pero no se dejó.

–Bueno, pero algo recordarás de tu lectura anterior...

–En realidad, doctor, mire... sé que no es justificación, pero... es que esa historia me provoca picazón en el hocico. Me saca de quicio... tal vez es porque tiene una dosis excesiva de felinidad. Hay pesonajes con ojos de dos colores, como los gatos; otros infidos y traicioneros, como los gatos... es más, hay felinos gigantes, traviesos y habladores que todo el tiempo hacen y dicen de las suyas... Huelga añadir que, cuando el narrador se enfoca en la perspectiva de esos inmundos caracteres, pasan cosas improbables, como: *a*) el lector se distrae debido al titileo de las campanitas que cuelgan de sus collares; *b*) la veracidad del relato decae, profanada por una excesiva gatificación de la mirada con la que se observa el mundo narrado; y, por consecuencia: *c*) la dimensión espacial del relato se distorsiona, redefiniéndose a partir de las percepciones gatunas; y *d*) la del tiempo, como bien se puede imaginar, se convierte en un arenero sobre el cual, los marranos felinos, reescriben la historia a su antojo.

–Una opinión controversial, señorita, pero bien sustentada en los principios de la narratología. Veo que ha estudiado. Pasemos a otro tema. ¿Le parece si hablamos de un texto de nuestro amo?

–Como quiera, profesor.

–¿Qué me dice de “Victorio Ferri cuenta un cuento”? ¿Este, al menos, le gustó?

Veo a *Lola* que asiente satisfecha y se me escapa un suspiro de alivio. Los perros lo oyen y comienzan a mover las orejas y a fruncir el hocico en busca del origen de ese

ruido. Seguro se han percatado de que los estoy espiando, pero disimulan su descubrimiento y siguen con su charla literaria.

—Digamos que sí, a grandes rasgos. Claro, pero ese muchacho me da mala espina. Me lo figuro como una persona horrible, de esas que les avientan piedras a los cuadrúpedos, sobre todo a aquellos, como nosotros, que hemos aprendido a comportarnos como seres civilizados. Lo cierto es que tampoco es agradable con sus iguales, y se podría concluir que, por lo menos, se lleva parejo con todos.

—Dígame qué referencias intertextuales ha encontrado en el relato. Hay una que debería haberle hecho gracia.

—¿Se refiere al minotauro, verdad? Ese sí que me cae bien. Los toros son buena onda. En su caso, el problema radica solo en la mitad humana, que es donde se encuentra el corazón. Sin embargo, por lo que entiendo, ese minotauro de Borges es buena gente: trata de hacer amigos, quiere conocer el mundo y en esto, no me dejará mentir, se parece mucho a un can. Es una verdadera injusticia que termine muerto. Deberíamos decirle al autor que reescriba el final. ¡Sería todo un detalle!

—No diga boberías y siga con los intertextos. ¿Ve algún guiño a la tragedia griega?

—Creo que se confunde, doctor. La historia está ambientada en el trópico veracruzano y esto, permítame decirlo, contradice la definición misma de tragedia griega. Claro, la historia es trágica, porque Victorio al final muere... Sin embargo, ya que usted insiste, si recuperamos la *lectio* aristotélica —toda una ñoña mi *Lola*— podríamos decir que el relato recupera ciertas ideas de la *Poética*: hay una maldición familiar semejante a la de Layo, el padre de Edipo, que obliga a los Ferri a lo demoniaco y a la destrucción



Niño con sarape

recíproca. Y el Estagirita, se sabe, decía que los dramas son más intensos y apasionantes cuando afectan a gente de la misma estirpe. Es más, el papá de Victorio es el cacique del lugar, lo cual, si se quiere, puede verse como una adaptación mexicana del concepto de aristocracia vigente en la Grecia clásica. Y esto representa una coincidencia con el gusto aristotélico por las tragedias que afectan a gente destacada, como los nobles, apunto.

—Bien contestado, pero se le olvida el intertexto con la *Antígona* de Sófocles, donde el personaje de Hemón, hijo de Creón, el rey de Tebas, aparece como un doble irónico del niño Ferri, porque, como él, quiere ayudar a su padre escuchando lo que dicen sus súbditos. Ojo a la cita:

Padre: los dioses, al dar la razón a los hombres, les dieron

el bien más grande de todos los que existen. En cuanto a mí, no sabría ni podría decir que tus palabras no sean razonables. Sin embargo, otros también pueden ser capaces de decir palabras sensatas. En todo caso, mi situación me coloca en condiciones de poder observar mejor que tú todo lo que se dice, todo lo que se hace y todo lo que se murmura en contra tuya. El hombre del pueblo teme demasiado tu mirada para que se atreva a decirte lo que sería desagradable oír. Pero a mí me es fácil escuchar en la sombra cómo la ciudad compadece a esa joven, mercedora, se dice, menos que ninguna de morir ignominiosamente.

—La diferencia —continúa Homero—, y perdóneme pero ahí está el gato,

es que Hemón lo hace por un propósito noble: salvar la vida de Antígona de una condena a muerte, mientras Victorio lo hace por pura maldad, para que su progenitor castigue a los habladores. Podríamos decir que Hemón es el paladín del dialogismo, mientras el muchacho Ferri lo es de su contrario, el anti-dialogismo. Lo trágico de su figura, entonces, también radica en que su intento de callar las voces que lo rodean es una faena que, desde el inicio, está destinada al fracaso, porque se opone al destino que el Hado ha fijado para los hombres: crear su mundo a través de la palabra.

–Uy, profe, ¡pero esto es cosa de investigadores! Yo, más bien, estaría encaminada hacia la docencia...

–No ponga excusas, señorita, que no le está yendo tan mal. Una pregunta más y terminamos. Si la contesta bien, puede sacar una buena nota. ¿Cuál es su opinión en torno a la posibilidad de que “Victorio Ferri cuenta un cuento” sea un relato autobiográfico?

–Esta me la sé, aunque no me imagino si le gustará mi visión del asunto.

Homero sonríe con su sonrisa de perro viejito. Tiene una mirada de condescendencia que invita a *Lola* a continuar. Viendo cómo se lleva con su alumna y las respuestas que ella da, creo que es un excelente profesor, de esos que desafortunadamente van desapareciendo en la escuela de hoy:

–Bueno, doctor. Entiendo a todos esos críticos que dicen que la imagen de Victorio enfermo, tendido en su lecho, es un reflejo del joven Pitol relegado en cama por las fiebres maláricas. Pero excluyo con fuerza que dichos académicos tengan razón. La posibilidad de que en su cuarto hubiese una madriguera de ratones

y que él soñara con arrancarles la cabeza de un mordisco queda refutada *a priori*. Creo más bien que en vez de delirar, nuestro amo se la pasaba leyendo o soñando con algún viaje, como siempre, por otra parte. Sin embargo, lo anterior no significa que el relato no tenga guiños a la vida de Sergio. Los tiene, claro que sí. Solo que no se reconocen en el macabro niño, sino en su primo José, el mismo que Victorio desprecia porque quiere escaparse a esa Ciudad de México “de [la] que tanto habla, que Dios sabe si existe o tan solo [a] imagina”, para respirar una atmósfera más libre y cosmopolita. En otras palabras, quiere escaparse de la censura que Victorio aplica a quien lo rodea, para vivir en un espacio de diálogo con el otro. ¿Muy bajtiniano, no?

–Ehm, ehm, sí *Lola*, pero ¿cómo se relaciona todo esto con la vida de Sergio? ¿Y quién sería, entonces, el doble de Victorio en nuestra realidad?

–Ay, profe, ¡estas sí que son preguntas tramposas! Espero que mis respuestas le agraden. Empiezo por la segunda: el *alter ego* de Victorio no es una persona, sino una idea. La idea de un poder que se arroga la exclusividad de la palabra ignorando que esto implica su autodestrucción. Y por lo que se refiere a la primera, bueno, no sé qué opina usted, pero siento que la tragedia del primo José recuerda mucho la historia de vida de nuestro amo: sugiere que toda fuga hacia un mundo burbujeante de voces está destinada a convertirse en un regreso al hogar, en una vuelta a San Rafael. Lo mismo que, de alguna manera, está sucediendo con nuestro amo por culpa de esta enfermedad que poco a poco lo está dejando sin voz ni palabra. Me gustaría poder ha-

cer algo para contrarrestarla, para combatir sus efectos.

–Bueno –la interrumpió Homero amoroso–. Una posibilidad existe y creo que ya la estamos practicando. Consiste en seguir leyendo a Sergio, en sugerir sus textos a nuevos lectores, en escribir sobre él y sobre su obra para hacer que la voz de nuestro amigo triunfe sobre esa *muerte en vida* que él mismo ha descrito.

–Entonces, profesor, si no le entiendo mal, ¿nuestra labor es seguir hablando de él, repetir su nombre, así como lo hago ahora?: ¡Sergio! ¡Sergio! ¡Sergio! ¡Sergiuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu! ¡Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu! ¡Uuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!

IV

Desde el piso de arriba se escucha un golpe. Sergio se ha despertado. *Lola* se da cuenta de que la culpa es suya y su aullido se le muere en la garganta. Pero es demasiado tarde.

Vestido con una impecable bata de seda, el maestro ha abierto las puertas de su cuarto de par en par, y ha salido de él con semblante molesto. Mira hacia abajo y grita un estentóreo “¡eehhh!” que retumba por toda la casa. Luego da vuelta hacia mí y guiña el ojo con aire de complicidad mientras esboza una de sus hermosas sonrisas de niño travieso.

Para Homero, *Lola* y un servidor es una orden que no se puede malinterpretar. El líder de la manada ha hablado. Hay que volver a acurrucarse frente a la estufa. Ya es hora de volver a soñar. **LPyH**

Riccardo Pace (Terni, Italia, 1975) es maestro en Literatura Mexicana y doctor en Literatura Hispanoamericana por la UV, docente de la Facultad de Lenguas y Letras de la UAQ y autor del libro *Sergio Pitol: la novela de una vida*.